
Cambios culturales y TLC

*Jorge Del Valle Cervantes**

Análisis Estratégico. En el mundo de la política exterior, un enfoque decisivo para establecer la cabal importancia de los impactos para el país de ciertos factores externos, es el análisis estratégico. Éste consiste, para decirlo de manera resumida (“para que quepa en una cáscara de nuez” según la fórmula consagrada), en el análisis de las vulnerabilidades del Estado-nación. Uno de los rasgos principales de este tipo de análisis es el de situar en una perspectiva histórica de largo plazo aquellos factores externos que se desea ponderar y juzgar sus impactos en un horizonte también de largo alcance. Con ello se busca evitar el impresionismo a que invita la evaluación circunstancial, y evitarle a la política exterior del país los golpes de timón, primero para un lado y luego para el otro, que suelen acompañar a los análisis impresionistas. Se espera de aquel tipo de análisis, que evite los riesgos del *chauvinismo* ante los acosos, y del acomodamiento automático ante las oportunidades.

En relación con los posibles cambios culturales que traerá aparejado el Tratado de Libre Comercio (TLC), se antoja de gran pertinencia el análisis estratégico. Básicamente, porque a poco de haberse iniciado las correspondientes negociaciones con Estados Unidos y Canadá, empezaron a sucederse los comentarios categóricos, unos apocalípticos para la identidad nacional y otros festivos por nuestro presunto ingreso al primer mundo; comentarios que dejaban poco margen al análisis juicioso. En la mayoría de tales comentarios, la *americanización* de los modos de ser de la sociedad y de la cultura nacional, vía el TLC, era el diagnóstico implacable y común. Con frecuencia se perdían los matices y la perspectiva.

Sin embargo, paulatinamente se fueron imponiendo algunas preguntas que problematizaban tales apreciaciones (y también el fondo real del tema): ¿Acaso los procesos de globalización, de los que el TLC es una expresión esencialmente económica, implican la instauración de una cultura global, y proveniente ésta de Estados Unidos? ¿La *americanización* de los modos de

* Director para la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). SRE.

ser sociales (desde la vestimenta —la moda *Rambo* de los chavos banda y/o el estilo *Dallas* de las clases pudientes—, hasta el consumo, por todos añorado, de *gadgets*¹ para el mayor confort doméstico y laboral), es realmente sinónimo de *americanización* de la cultura? ¿Y efectivamente existe una única cultura nacional; y es ésta (o éstas) tan inerte al empuje económico y tecnológico de Estados Unidos, como dejan sentir muchos de los comentarios categóricos?

Veremos a continuación, en su perspectiva estratégica, algunos de los conceptos y realidades involucrados en esas interrogantes.

La globalización. La revolución tecnológica —en particular en la informática, las telecomunicaciones y los nuevos materiales— precipitó la llamada *globalización*. El concepto incluye todos aquellos procesos tecnológicos, fenómenos políticos, reorganizaciones económicas y situaciones anímicas que hacen al planeta más interdependiente.

La globalización representa una verdadera revolución internacional. Una de sus consecuencias más importantes es la distensión. La modernización y difusión de nuevos instrumentos de comunicación, permitieron que en pocos años la información y la propaganda modificaran las expectativas y las esperanzas de millones de seres humanos[...] En unos cuantos meses se derribaron muros, gobiernos y sistemas que aparentaban gran solidez[...] Globalización y distensión produjeron un nuevo espacio económico y político, donde se perfila un número limitado de polos de poder.²

Tres son los principales bloques económicos regionales: el TLC de América del Norte, la Comunidad Económica Europea y la Cuenca Asiática del Pacífico.

Como se desprende de ese diagnóstico del canciller Fernando Solana, el TLC es parte de un proceso más vasto: el de la globalización. Cuatro aspectos de la globalización en ese diagnóstico merecen ser subrayados:

- 1) Es un proceso que posee un claro encuadre económico;
- 2) es un proceso basado en la actual revolución científico-tecnológica;
- 3) es un proceso apurado por nuevos instrumentos de comunicación, y
- 4) es un proceso apuntalado por la información y la propaganda.

Resulta así que, desagregada en sus componentes esenciales, la actual revolución internacional que estamos viviendo no involucra decisivos aspectos cul-

¹ Esta palabra viene del nombre de un monsieur Gadget, que en ocasión de la entrega de la Estatua de la Libertad, de Francia a Estados Unidos, comercializó en este último miniaturas de la estatua; desde entonces se aplica por extensión a todos aquellos nuevos dispositivos que resultan atractivos para el consumo masivo.

² Fernando Solana. *La política exterior de México para los años noventa*. México, SRE, 1990. p. 4-5. (Textos de Política Exterior, 62.)

turales como sí fue el caso de la revolución burguesa que, en los siglos xvii y xviii, llevó a la instauración del capitalismo en Occidente.

Globalización y cultura. Efectivamente, nada permite sostener que la globalización implica, automática e inexorablemente, una nueva cultura global. Sus actuales coordenadas al respecto son de carácter científico-tecnológico, de instrumentos de comunicación, y de información y propaganda. Pero más importante aún, los dos principales competidores por el poder dominante en la era de la globalización, Estados Unidos y Japón, no son matriz cultural en la cultura de Occidente (Estados Unidos es una gran sucursal, y Japón no lo es para Occidente). De hecho, la globalización implica más bien un proceso de desgajamiento cultural.

La preeminencia de Estados Unidos y Japón es también la preeminencia de un nuevo *ethos* social que ambos países están impulsando: el *ethos* de la exaltación de la civilización tecnológica.³ Ésa es su oferta civilizadora central, la que va a contrapelo de la matriz cultura de Occidente, aquélla de los valores culturales de la ilustración (pensamiento racional, conocimiento científico, humanismo social, etcétera). En la era de la globalización, efectivamente estamos viviendo un gran desgajamiento de la cultura de Occidente. De una parte, está el *ethos* tecnológico patrocinado por Estados Unidos y Japón; de la otra, está el ascenso de la *posmodernidad*, término que da cuenta de un malestar en la cultura occidental y de una nueva realidad de emergencia de múltiples referentes culturales, incluso opuestos entre sí, que se están produciendo en las sociedades urbanas complejas.

Es precisamente en este contexto en el que hay que situar los impactos culturales *americanizantes* del TLC. México es parte de la matriz cultural de Occidente y con el TLC queda abierto—no inerme—al *ethos* tecnológico de Estados Unidos (Canadá reaccionó con inquietud a la *americanización* de sus industrias culturales al momento de firmar su ALC con Estados Unidos).

Variaciones culturales. Del siglo xix hasta fechas muy recientes la cultura es—según la versión más conocida—el conjunto de obras maestras, creadores, tendencias de la civilización, métodos y programas educativos, vida intelectual, difusión de las artes y humanidades.

En la segunda mitad del siglo xx, el término *cultura* tiene aplicaciones distintas: es la suma de conocimientos, es el modo de vida, es el repertorio de conocimientos de cada tema o especialidad, es aquello

³ Thiago Cintra, *Japón: Universalización como reto al poder global. Un enfoque civilizatorio*. México, Sociedad Internacional Pro-Valores Humanos E. Fromm Zubiran, Mimeo. [s.a.]

que le es peculiar a grupos, comportamientos individuales y tendencias artísticas, es el acervo nacional a disposición de las grandes exhibiciones, es la erudición, es lo que fue múltiple y hoy es indivisible, es una tarea inevitablemente menor del Estado.⁴

Esta varianza del ámbito tradicional de lo que era la cultura, del siglo XIX a nuestros días, es la que le da sentido al impacto cultural del TLC. Efectivamente, hoy los modos de ser sociales son tributarios decisivos de la cultura nacional, y algunos de esos modos de ser son cabalmente permeables al *appeal* tecnológicos de Estados Unidos. No lo son todo, pero sí son importantes. Al final de su ponencia al Coloquio de Invierno, Carlos Monsiváis nos ofrece una imagen contundente:

Una extraordinaria foto de Graciela Iturbide sintetiza el proceso: la indígena tarahumara, de espaldas, va subiendo la sierra y en la mano lleva el aparato que neutralizará o vencerá la soledad: el radio gigantesco[...] Por razones similares a las de la mujer indígena (acercarse a los núcleos de la modernidad), en las etnias los jóvenes abandonan los trajes típicos, y los jóvenes adoptan indumentarias *punk* o de chavos alivianados.⁵

La *americanización* de la vida social en México (en sus vertientes geopolítica y de “modernidad” y confort tecnológico) no comenzó ayer —el siglo XX es el de su más claro itinerario—, y el TLC no va a ser una marejada irresistible al respecto; indudablemente influirá, pero como veremos al final del artículo, en muchos ámbitos, la cultura nacional goza de cabal salud.

Impactos del TLC. De manera indudable, el TLC influirá en varios campos culturales de México. Destacamos tres principales: las industrias culturales, la formación universitaria y los mercados para los creadores artísticos.

Las industrias culturales son estratégicas en esta era de globalización (recuérdese que al respecto señalamos anteriormente sus características tecnológicas, de nuevos instrumentos de comunicación y de información y propaganda; atributos, todos ellos, presentes en las industrias culturales).

Las industrias culturales son las referidas a la producción editorial, cinematográfica, televisiva, disquera y de videos. Ellas están formalmente incluidas en las negociaciones del TLC. En la primera ronda de negociaciones fueron el motivo de un reproche de Canadá a México. Algunos periódicos canadienses, desencantados por las declaraciones del secretario de Comercio y Fomento Industrial, Jaime Serra Puche, señalaron que México estaba abierto a negociar la participación extranjera en ellas porque se sentía defendido por la barrera del

⁴ Carlos Monsiváis. “Cultura, tradición y modernidad en México”. *El Nacional*. México, 21 de febrero de 1992, p. 8.

⁵ *Ibidem*. 22 de febrero de 1922, p. 24.

idioma y porque se sabía fuerte por sus: “Treinta Siglos de Cultura” (título de una magnífica exposición mexicana).

Más allá de esos elementos, el dato básico es que la apertura internacional de tales industrias tendrá efectos ciertos en la atmósfera cultural de México y de Estados Unidos. En materia editorial, Rafael Segovia anotaba recientemente el riesgo de que la industria del libro mexicano se vea intervenida por las grandes editoriales estadounidenses.⁶ Ello acaso significará limitaciones en la acción promotora de nuevos talentos que vienen desarrollando algunas editoriales mexicanas. Pero, con gran tino, Segovia señalaba que la única vía para que tales procesos no ocurrieran sería... la de estimular la lectura.

En el campo periodístico se rumorea con insistencia acerca de los intentos del magnate Murdoch por adquirir algún diario nacional. Si tales intentos dejen de ser infructuosos, habría que interrogarse, entonces, sobre si tal transnacionalización no implicaría un freno al reciente empeño de algunos periodistas que buscan reinstalarse en los momentos cumbre del periodismo mexicano del siglo XIX: periodistas de quienes dice Alberto Dallal que los mejores “eran al mismo tiempo, literatos, periodistas y políticos”.⁷

En el campo de las telecomunicaciones, el punto clave es el de las transmisiones televisivas. La empresa mexicana Televisa tiene la capacidad de incidir en el mercado de habla hispana de Estados Unidos, y no ha podido hacerlo por el proteccionismo estadounidense. Incluso el gobierno mexicano estaría interesado, probablemente, en que se removiera tal proteccionismo. Si se le mira desde la óptica de la labor de Televisa en el exterior, especialmente de su labor noticiosa (en Centroamérica, y también en el resto de América Latina y del mundo), casi se podría decir que “Eco” funge como *intelectual orgánico* del Estado mexicano.

No cabe desdeñar la centralidad de las industrias culturales, y su eventual *americanización*. Ocurre que los mensajes de las industrias culturales son válidos (“verdaderos”) para la masa, aun cuando no sean aceptables para cada individuo en particular. Ciertamente nadie incorpora a sus códigos personales todo lo que escucha o ve, pero el discurso de la industria cultural, nacionalista o transnacional retórico o mesurado, es importante para el público, y también para los Estados-nación.

Importaría, en ese contexto, que en materia de política cultural exterior hubiera para las industrias culturales de mexicanos, pausados tiempos de apertura en la negociación del TLC. Y ya al extremo, la exigencia nacional de cabal

⁶ Rafael Segovia. “Las industrias culturales y el TLC”. *unomásuno*. México, 16 de [febrero] de 1991, p. 6-7.

⁷ Alberto Dallal, “Periodismo literario y periodismo cultural en México”. Artículo mimeografiado. México, s.a., p. 8-9.

reciprocidad de apertura de los mercados, a fin de que las industrias culturales mexicanas pudieran incidir sin cortapisas en la atmósfera cultural de los hispanos de Estados Unidos. Las industrias culturales no son sólo negocios.

La formación universitaria también se verá afectada por los mayores flujos de intercambios (de personas, servicios, tecnologías, etcétera) asociados al TLC. En otros artículos periodísticos hemos apuntado en extenso algunos temas relevantes al respecto.⁸

Los mercados culturales para los creadores se verán modificados al influjo de la mayor interpenetración de las sociedades que involucra el TLC (y en general el proceso de globalización). Con el TLC, tendencialmente se desdibujarán las fronteras entre el mercado cultural interno y el transnacional. Y los criterios y parámetros de lo que es lo mejor en materia de creación cultural, irán quedando cada vez más sujetos a los valores de la competitividad internacional. ¿Cómo se fortalecerán las múltiples identidades de la cultura nacional? ¿Con creadores *cosmopolitan oriented*? No parece que fuera el caso.

Se impone una política de Estado encaminada a apoyar selectivamente a aquellos creadores culturales, los mejores, personas e instituciones, cuya vocación y compromiso sea el fortalecimiento de la re-creación de nuestras raíces culturales; re-creación imaginativa, contemporánea, creativa a la manera de los grandes de nuestra cultura. Contraparte necesaria de las “embajadas universitarias” que deberían impulsarse en el exterior, es la instalación de institutos culturales mexicanos en diversas ciudades de los países socios nuestros en el TLC. Serían éstos, mecanismos indispensables de una incisiva política de apertura cultural al exterior. Fortalecer la cultura es abrirse, no ensimismarse.

Vigores nacionales. La integración comercial de México está muy avanzada (70% de los flujos comerciales de México son hacia Estados Unidos), y la *americanización* de la sociedad mexicana (más tecnológica que cultural), también muy intensa, no va a sufrir un súbito celo integracionista con el TLC. Las encuestas que señalan altos porcentajes de la población dispuestos a la integración con Estados Unidos, sólo confirman que hay un nuevo patriotismo que apuesta a la elevación de los niveles de vida, como reacción de la “década perdida” de los ochenta.

La *americanización* es parte de la cultura universal de la época. Lo mismo sucede en Francia y Ecuador, que en México. Y en ningún caso, la soberanía

⁸ Jorge Del Valle, “TLC: Agenda universitaria I y II”. *unomásuno*. México, octubre 11 y 12 de 1991, p. 3-7 y 3-5. “TLC: Reformas universitarias I, II y III”. *unomásuno*. México, octubre 25, 26 y 27 de 1991, p. 3-8, 3-8 y 3-8.

y cultura nacionales están en remate. Con varios siglos de frontera común, ¿quién puede negar la vitalidad y plasticidad del idioma español de México? Lo que menos sirve al debate sobre los impactos culturales del TLC es el alarmismo (o un incumplible *fast track* al integracionismo).

La mayor vigorización de la(s) cultura(s) nacional(es) es su modernización. El quehacer de los contemporáneos deviene un programa de gran pertinencia actual: el fomento sin discriminaciones a toda atmósfera civilizatoria de crítica, libre expresión, tolerancia y modernidad democratizadora. Tal programa compete esencialmente a la sociedad; ella es la savia de la cultura y del ser nacional. Y el papel de los medios de comunicación masiva al respecto es, quizás, cada vez más decisivo. De *cuarto poder* en el siglo XIX, en el umbral del siglo XXI, el periodismo es ya el gran interlocutor del poder; límite y esperanza.
